

# **EN EL DESVÁN DEL COLEGIO**

## **(Historias para conocer la Historia)**

De

Segundo Fidalgo

para sus alumnos y alumnas de 3º A

*CURSO 2006 / 2007*

**1**

### **Un plan perfecto**

Aquel día, parecía como otro cualquiera. Todos llegamos a la escuela un poco adormilados, sin demasiadas ganas de empezar a trabajar. El profesor bromeaba con las caras de sueño que algunos teníamos y trataba de animar el ambiente.

Como siempre, pasados ocho o diez minutos de la hora, apareció Andrea, tan sofocada como si acabase de participar en el campeonato mundial de atletismo y, sin que nadie le dijese nada, ante la sola mirada de los presentes, se excusó:

-Lo siento... Es que... -y puso cara de no saber nada, mientras se disculpaba.

Nadie entendió lo que decía. En realidad, a nadie le importaba. Ya sabíamos que Andrea, cuando llegaba tarde, no tenía excusas.

Aquella mañana, el "profe" comenzó a hablarnos sobre los hombres primitivos. A todos nos pareció muy interesante y se nos pasó el tiempo volando.

¿Por qué será que el tiempo pasa tan rápido cuando te estás divirtiendo y tan lento cuando te aburres?

Llegó el recreo. Por el pasillo, Elena, la aventurera de la clase, dijo:

-¡Eh, chicos!, nos reunimos abajo, en la esquina del patio. Tengo que decir algo muy importante.

-¡De acuerdo! -contestamos todos.

Después de que los más comilones engulleran el bocadillo, todos nos fuimos reuniendo en la esquina que nos había dicho Elena.

-Bueno, a ver, ¿qué era eso tan importante que tenías que decir? -preguntó Iván muy impaciente, mientras se tragaba el pan al estilo del más primitivo de los hombres prehistóricos.

-Espera, que todavía faltan Beatriz y Ángela.

-¡Pues ya podéis esperar! Hasta que no terminen el trabajo... -comentó Carla, otra de las impacientes de la clase-. ¡Venga, Elena, empieza ya!

-Bueno, pues... -comenzó Elena con voz un poco misteriosa-. ¿Nunca os fijásteis en una trampilla que hay aquí en el cole, en el techo del último piso, justo al lado del ascensor?

-¡Sí, sí! -voceó Enol, al que ya se le había pasado por la cabeza más de una vez el subirse a aquella portezuela para ver qué diantres había allí-. Ya sé a qué te refieres. Sí, ¿no os fijásteis, cuando vamos a Asturiano, en la puerta que hay al lado del ascensor? -nos decía muy convencido.

Pero la mayoría no teníamos ni idea de qué estaban hablando, sólo unos pocos parecían haberse dado cuenta.

-¿Quién está de vigilancia de recreo? -preguntó Carlos de repente.

-Pero Carlos, ¿qué tiene que ver eso con lo que estamos hablando? -le recriminó Loreto, que algunas veces era como una persona mayor.

-Pues para saber si podemos subir a ver la puerta que dice Elena.

-¡Ah, bueno! Pues... Sí, están Penedo, M<sup>a</sup> Carmen, Leonardo y José Antonio.

-Entonces, "chupao" -dijo Carla-. Sara y yo nos encargamos de darle la lata a José Antonio y lo vamos llevando poco a poco hasta la columna en la que se suelen poner Penedo y Leonardo. M<sup>a</sup> Carmen estará vigilando en la otra esquina del patio, así que no hay problema. En cuanto estén despistados, vais subiendo, sin meter demasiado ruido. Nosotras ya nos las arreglaremos para subir después.

Dicho y hecho. Fuimos subiendo rápida y sigilosamente, hasta que todos pudimos contemplar con nuestros propios ojos la portezuela que decían Elena y Enol. Lo cierto es que la mayoría nunca había reparado en ella.

-Bueno, ¿y ahora qué? -preguntó Andrea, que estaba empezando a despertar.

-¿Ahora qué, de qué, Andrea? -se impacientó su amiga Ángela.

-No creas que sigo dormida, me refiero a lo que podemos hacer para subir hasta ahí y abrir la puerta.

-Tengo un plan perfecto -dijo Elena-, pero no sirve para "caguetas" ni para niños pequeños.

-¡Cagueta serás tú! -gritó Illán, muy ofendido.

Todos a la vez nos volvimos sobre él y dijimos:

-¡Ssshhh! ¡Cállate!

-Bueno, venga, Elena, explícate. -urgió Alba, otra de las impacientes de la clase.

-Veréis... -comenzó a explicar Elena-. Gustavo tiene abajo una escalera larga, que llega de sobra hasta ahí arriba. Sólo tenemos que esperar a que acaben las clases, nos escondemos en el hueco que está debajo de la escalera y, cuando veamos que ya no hay nadie, salimos y averiguamos qué hay en el desván.

-Sí, muy bien -dijo Sara, con aire de reproche-, sólo hay dos problemas.

-¡Ya está la listilla! -se quejó Jorge-. A ver, ¿cuáles?

-Pues, el primero: que cuando los profes de Música marchan, quedan las señoras de la limpieza. Y el segundo, que cuando se van, ponen la alarma.

-Tiene razón Jorge -dijo Daniel-, pero los dos problemas tienen solución.

-Sí -se anticipó Juan- a las señoras de la limpieza las encerramos en una clase y...

-O las secuestramos -remató Carlos, a quien le encantaba disparatar de vez en cuando.

-Eso, y después pedimos 6.000 euros de rescate -remató Manuel, quien no perdía ninguna ocasión de bromear.

-¡Dejaos de chorradas! -dijo Jorge entre enfadado e impaciente-. Vamos a hablar en serio. Venga, Dani, dinos cuál es tu plan.

Y Daniel comenzó su explicación:

-Esperamos a que salgan las señoras de la limpieza. Uno se esconde debajo de la mesa del conserje, que está justo al lado de la alarma y cuando vayan a conectarla, se fija en la clave que teclean. De esta manera, podremos desactivarla y ya no habrá inconvenientes para movernos dentro del colegio.

El plan no estaba nada mal. Sin embargo, algunos no podíamos estar hasta tan tarde en el cole. Por eso, nos inventamos una historia para tranquilizar a nuestros padres: Al día siguiente, por la tarde, tendríamos que quedarnos a ensayar con el "profe" una obra de teatro.

## Un artefacto misterioso

Al día siguiente, con la impaciencia, las clases tardaron en pasar un siglo. Todos estábamos esperando que sonara el timbre para salir a casa, pero la hora no acababa de llegar.

Durante el recreo y a mediodía, nos reunimos para comentar los últimos preparativos.

Finalmente, llegó el momento tan esperado. Como estaba previsto, al salir, nos fuimos escondiendo en el hueco de la escalera. Así permanecemos largo rato, en silencio, para que nadie pudiera advertir nuestra presencia. Los más habladores creímos morir en el intento, porque nunca habíamos estado tanto tiempo callados.

Cuando marcharon los profesores, pudimos salir del hueco de la escalera, pero con precaución y procurando no meter ruido para que el personal de limpieza no nos pudiera oír desde el piso de arriba.

Una hora después, sentimos pasos en la escalera y en seguida nos dimos cuenta de que el momento clave estaba llegando. Carlos corrió a meterse debajo de la mesa del conserje. Los demás volvimos a nuestro refugio de la escalera. La limpiadora llegó a la caja de la alarma y tecleó el número clave. Después, todo el personal de limpieza salió y se pudo oír el ruido de la llave al dar la vuelta en la cerradura.

La primera voz que se oyó fue la de Loreto:

-¡Eh! ¡No os mováis todavía! Ahora oiréis sonar la alarma durante unos segundos. No os preocupéis, ésa es la señal para saber que está conectada.

-¿Y entonces qué tenemos que hacer? -preguntó Beatriz, que todavía no entendía muy bien todo aquel lío.

-Carlos tecleará la clave en la caja de la alarma y ya podremos movernos sin peligro -respondió Loreto.

Y así lo hicimos. Seguimos allí metidos, acurrucados, con las piernas un poco entumecidas. El tiempo tardaba en pasar una eternidad. La impaciencia se dejaba notar, sobre todo entre los más inquietos.

-¡Jope! -se desesperaba Iván- Esto no se acaba nunca.

-¿Dónde se ha metido Carlos? -preguntaba Sara que, aunque tenía fama de tranquila, ya estaba perdiendo los nervios.

Callamos todos un momento, para ver si se oía a Carlos llegar, pero no se sentía ni el vuelo de una mosca. Y, cuando más preocupados estábamos...

Una figura encapuchada con una tela apareció de repente, gritando como un endemoniado.

-¡Uaaaagggg! ¡Uaaaagggg!

Llevamos un buen susto, aunque pronto pudimos comprobar que se trataba del bromista de Carlos. Y, como nos alegramos tanto de verle, no pudimos ni reñir con él.

-¡Caaaarlos, Caaaarlos! -gritamos todos a coro.

-¡Qué cabrito! ¡Menudo susto nos acabas de dar! -resoplaba Juan.

-Bueno, vamos a lo nuestro -ordenó Elena con voz de mando militar.

-Eso -asintió Manuel, al que tampoco se le daba mal eso de mandar.

Entre unos cuantos cogimos la enorme escalera que el conserje guarda en el pasillo que hay en la parte de atrás del edificio.

Todos fuimos subiendo al segundo piso. Encajamos la escalera en el hueco de la misteriosa trampilla que hay en el techo. Y, por fin, llegó la hora de la verdad.

-¡Yo primero! ¡Yo primero! -gritaba Enol, sin que nadie pudiera hacerle callar.

Alberto estuvo a punto de descargarle un puñetazo en las narices, pero se contuvo al darse cuenta que Enol era uno de sus mejores amigos. Al fin, reaccionó, y le dijo:

-¡Vale, anda, pero cállate de una vez!

Fuimos subiendo todos, uno detrás de otro. El desván estaba oscuro, lleno de polvo y de telas de araña. Sin duda, nadie había subido allí desde hacía muchos años. No habían contado con que no hubiese luz, así que Andrea, que siempre se ofrece para hacer todos los recados cuando el profe pide voluntarios, echó una carrera hasta el cuarto del conserje y, en poco tiempo, regresó con una linterna.

Comenzamos a inspeccionar cada una de las esquinas de aquel misterioso lugar. Estaba lleno de cajas, libretos viejos, bicicletas antiguas del año de la pera, ... El foco de la linterna iba barriando toda la estancia y, de pronto, en una esquina, pudimos observar un enorme bulto, cubierto con unos trapos. Rápidamente, todos empezamos a quitárselos y, aunque nos pusimos de polvo hasta las cejas, no nos importó demasiado. Sobre todo, cuando pudimos ver lo que allí se ocultaba.

Era como una especie de coche antiguo, bastante grande, con un panel de mandos que parecía la cabina de un avión, y una palanca con dos posiciones: hacia adelante ponía una F y hacia atrás una P. En el espacio que mediaba entre las dos letras se podían ver pequeñas rayitas, con algunos números de vez en cuando.

-¿Qué diablos puede ser esto? -se preguntó en voz alta Iván, que tenía la lengua más rápida que el pensamiento y que, sin duda, había expresado en voz alta lo que todos estábamos pensando.

Manuel, al que le entusiasmaban todo tipo de enigmas, enseguida dio su opinión:

-Creo que no es un automóvil normal, ni siquiera un automóvil de los de hace un siglo. Parece como..., sí, como...

-¿Como qué? -se impacientó Illán.

-Como una máquina... No, pero qué tontería... No puede ser...

-¿Qué es lo que no puede ser, Manu? No nos hagas desesperar -gritó Alba perdiendo su habitual sentido del humor.

-Una máquina del tiempo -concluyó Manuel. Y todos nos quedamos estupefactos.

Entonces, comenzó a rodar la imaginación de cabeza en cabeza:

-¡Increíble! ¡Una máquina del tiempo! ¡La mayor ilusión de mi vida! - exclamó Alberto, quien había ocupado más de una vez su cerebro con ideas locas acerca de artefactos capaces de realizar los más fantásticos viajes.

-Pero las máquinas del tiempo no existen. Sólo son un invento para películas y novelas -intervino Loreto, tan práctica como siempre.

-¿Ah, sí? ¿Pues por qué no probamos a subirnos en este trasto y le damos a la palanquita? -dijo Alba, poniendo en un aprieto a los incrédulos.

-¡Venga! -se animó Iván, mostrándose tan atrevido como de costumbre- ¡Arriba todo el mundo!

Aunque un poco apretados, todos pudimos subirnos en aquel extraño artefacto. Iván, Elena y Manuel se sentaron cerca de los mandos. Illán preguntó:

-¿Y ahora qué hacemos?

-Supongo -dijo Sara con voz de científica sabia, mientras los demás quedamos asombrados atendiendo a su explicación- que esta palanca es la que nos puede transportar hacia el futuro o hacia el pasado. Creo que la F significa "Futuro" y la P, "Pasado". Y estas rayitas y números sirven para seleccionar la fecha.

-¿Y si viajáramos hacia el pasado, a la época de los hombres primitivos? - sugirió Marta.

-Sí, de acuerdo. ¿En qué año nos dijo el profe que se podía situar la Prehistoria? -se preguntó Alba.

Y antes de que pudiera responder, ya lo estaba haciendo Carla:

-El Paleolítico comenzó hace un millón de años, pero duró tanto, que yo creo que si ponemos la palanca en el 10.000 antes de Cristo, o sea, en un período que se llama Paleolítico Superior, nos podremos enterar mejor de cómo se vivía en la Prehistoria, porque antes las personas eran más monos que personas.

-¡Jolines, Carla! -protestaron Sara y Loreto a la vez- Pareces una enciclopedia. Nunca nos dejas decirlo a nosotras.

-Muy bien -dijo Dani dejándonos a todos boquiabiertos-. Pues para que no penséis que sois las únicas que sabéis algo sobre la Prehistoria, voy a añadir una cosa más: Si vamos a esa época que dices, ya podemos ir abrigaditos. Porque aunque la última etapa glacial ya está acabando, todavía puede refrescar lo suyo.

Como, a pesar de ser primavera, los últimos días habían sido fríos, nadie parecía estar desabrigado, así que en ese sentido no había problemas.

Mostrándonos conformes con viajar a la Prehistoria, con la mano un tanto temblorosa, Elena se dispuso a desplazar la palanca, mientras decía:

-¡Cogeos fuerte, chicos, que ahí vamos!

Pasaron unos segundos sin que nada sucediera. Por un momento, nos sentimos decepcionados. Pero, de repente, aquel trasto empezó a sacudirse como

si se tratara de un potro salvaje. Se oyó un zumbido insoportable, de modo que todos tuvimos que llevarnos las manos a los oídos. Comenzamos a girar a una enorme velocidad y tuvimos la sensación de caer en un pozo muy profundo y totalmente oscuro. Aquello debió ser rapidísimo, pero nos pareció eterno. Alguno no se pudo contener y gritaba con todas sus fuerzas. Hasta que, inesperadamente, el ruido cesó, y una luz cegadora cayó sobre nuestros rostros.

Medio aturdidos, bastante mareados por el extraño viaje que habíamos hecho, fuimos poco a poco reaccionando y abriendo los ojos. Estábamos ante un paisaje parecido a lo que María Elvira, la profe de Religión, nos contaba sobre cómo debía ser el Paraíso Terrenal. Una playa de arena dorada, mar azul transparente tan calmado como una piscina, palmeras, ...

Todos nos descalzamos y decidimos perder la vergüenza, haciendo que nuestra ropa interior sirviera de bañador. Y es que aquella playa resultaba una tentación irresistible.

Durante unos minutos, no demasiados porque lo cierto es que, a pesar del sol que lucía en aquel momento, no hacía mucho calor como para demasiadas alegrías, nos bañamos, nos hicimos "aguadillas" y todo tipo de gamberradas, hasta que uno a uno fuimos cayendo desfallecidos en la blanca y caliente arena. Allí tumbados, mientras descansábamos, a Marta se le ocurrió comentar:

-Ahora tendremos que organizarnos: Unos pocos deberían salir a explorar los alrededores y el resto quedarnos y tratar de hacer una cabaña en un árbol, para estar protegidos de las alimañas en el caso de que tengamos que pasar aquí la noche.

-¡Caramba, Marta, qué idea más acertada! ¿De dónde la has sacado? - preguntó Sara asombrada.

-¿Qué te crees, que eres la única lectora de la clase? ¿No has leído Robinsón Crusoe? -respondió Marta entre ofendida y satisfecha.

Los más atrevidos se ofrecieron inmediatamente para salir de expedición. En total éramos seis: Iván, Illán, Manuel, Alba, Carla y Elena. El resto, más precavidos, prefirieron quedarse en la playa y buscar un árbol con buenas ramas para construir una cabaña.

Si los cálculos no nos fallaban, estábamos en la Prehistoria. Pero, ¿qué sorpresas nos esperaban?

## Un poblado del Paleolítico

Nos aprovisionamos de algunas herramientas que habíamos cogido de la caja del conserje, dejando otras al grupo que debía construir la cabaña. Íbamos armados hasta los dientes: martillos, alicates, llaves inglesas, destornilladores, serruchos, ... sin olvidarnos de linterna, cerillas y otros utensilios que pensábamos que podrían sernos muy útiles.

La playa estaba rodeada por unas pequeñas lomas cubiertas por una densa vegetación: árboles de distintas especies, flores, arbustos, ... Entre la espesura, localizamos un pequeño sendero, lo que nos indicó que aquel lugar tenía que estar habitado.

Poco a poco, fuimos remontando el desnivel y, cuando llegamos a la cima, quedamos extasiados ante un precioso valle, parecido a los que suelen aparecer en los documentales de televisión sobre naturaleza. Permanecimos un rato contemplando el paisaje, hasta que Iván empezó a gritar:

-¡Fuego, fuego!

-¡Calla, no grites tanto si no quieres que nos descubran! -dijo Alba-.¿Dónde has visto el fuego?

-¡Allí, allí! -señalaba Iván con el dedo.

Y efectivamente, allá a lo lejos, al final del valle, parecía verse una pequeña columna de humo.

-¡Claro! -habló Carla como si estuviera recordando la lección de Prehistoria que habíamos estudiado en el cole- En este período ya se había inventado el fuego. Y no sólo eso, si no me falla la memoria, tendremos que encontrarnos con algún poblado, pues aunque todavía siguen siendo nómadas, viven largas temporadas en cuevas o cabañas, hasta que se acaba la pesca y la caza o se quedan sin plantas silvestres que recolectar.

-Bueno, a partir de ahora, tendremos que ir en silencio y muy atentos, por lo que pueda pasar... Nos espera una larga caminata, porque aquel humo parece estar bastante lejos -dijo Manuel con voz de capitán del ejército.

-Si tuviésemos un todoterreno... -se lamentó Illán, al que le entusiasmaban todo tipo de vehículos.

-Ya, pero no lo tenemos -dijo Alba bromeando-, ni siquiera un "únicoterreno". Así que tendremos que ir en el coche de San Fernando... la mitad a pie y la mitad andando.

Bajamos la colina y, en seguida, llegamos al llano del valle. Podíamos haber cruzado por algún descampado y, sin duda, habríamos ahorrado tiempo, pero teníamos miedo a que se nos pudiera ver desde lejos. Por eso fuimos buscando el

abrigo de los árboles, que no nos dejaron de acompañar en todo el camino. ¡Si las personas no fuésemos tan irracionales y hubiésemos conservado toda la vegetación que en aquel momento podíamos disfrutar!

Nos cruzamos con numerosas manadas de herbívoros: ciervos, uros, caballos salvajes, ... Nunca podríamos imaginar que la naturaleza pudiera ser tan generosa.

La columna de humo cada vez estaba más próxima, por lo que suponíamos que estábamos muy cerca de la cueva, del poblado, o de lo que fuese. Remontamos una pequeña pendiente y, al llegar a la parte más alta, se abrió ante nosotros una estampa parecida a la que hasta entonces sólo habíamos podido ver en los libros de historia:

Al fondo, una gran cueva, con el techo situado a unos diez metros de altura. Las paredes laterales y el fondo, recubiertas por una piedra de aspecto arenoso. En los alrededores de la cueva, había también alguna choza de forma circular y con el techo cónico, construidas con ramas y paja. Por el medio, entre la cueva y las cabañas, pasaba un riachuelo de aguas transparentes.

Desde el sitio en el que estábamos, tumbados en el suelo para no llamar la atención, pudimos ver algunas personas que se movían de un lado para otro dedicadas a distintas labores. Algunos golpeaban piedras, otros rascaban pieles de animales, una mujer recogía agua del río en una vasija, ...

De repente, todos se alborotaron señalando justo hacia nuestra posición. Del susto, casi no podíamos ni tragar saliva. Pensamos que sería nuestro último día. Pero se quedó sólo en un susto, porque pronto pudimos comprobar cómo se dirigían hacia unos cazadores que llegaban con una presa enorme, colgada de un palo y transportada por cuatro hombres.

Todos parecían estar vestidos con pieles de animales, aunque no podríamos jurarlo. Se oían voces, pero no fuimos capaces a distinguir ni una sola palabra de lo que decían, tal vez por la distancia o, lo que es más probable, porque hablarían una lengua primitiva que desde luego ninguno de nosotros podría comprender.

Nos retiramos un poco para que no nos vieran y les comenté a mis compañeros:

-Creo que lo más acertado será volver a la playa, contar lo que vimos a los demás, y regresar mañana todos juntos, porque seguro que a todos les interesará ver lo que acabamos de contemplar.

Les pareció buena idea y, sin más dilación, emprendimos el regreso a la playa.

Por el camino, en voz baja, íbamos comentando el espectáculo que habíamos tenido la suerte de presenciar.

-¿Os habéis fijado en la fuerza de aquellos cazadores? -dijo Manuel.

-Y las mujeres rascando las pieles para quitarles la grasa y hacer vestidos, tal y como nos comentó el profesor -añadió Elena.

-Sí, y eso que él no viajó en la máquina del tiempo. Por lo menos, eso creo. -dudó Illán.

-Pues yo no lo aseguraría -comentó Carla-. ¿Qué hacía entonces esa máquina en el desván del colegio? Alguien tiene que haberla puesto allí.

-Bueno, no vamos a ponernos ahora a discutir -cortó Elena-. Lo que importa es que estamos de verdad en la Prehistoria y que al menos yo quiero conocer a esa gente un poco mejor.

-¿Tú sólo? Y los demás, ¿qué? -intervino Iván un poco ofendido.

-Veréis qué cara ponen los otros cuando les contemos lo que acabamos de ver -dijo Illán muy satisfecho de haber sido en esta ocasión un privilegiado.

Al llegar a la playa, quedamos admirados del trabajo que habían hecho nuestros compañeros y compañeras: En uno de los numerosos árboles que bordeaban la playa, el de ramas más fuertes y espléndidas, habían construido una cabaña preciosa, con paredes, tejado y hasta una escalera de cuerda para poder subir cómodamente.

Y no sólo eso. Además, habían salido por los alrededores y habían capturado cuatro aves de un tamaño parecido a una gallina, y que no sabría identificar, porque ya estaban pelados y cocinados al calor de una lumbre que habían preparado. Con el hambre que traíamos después de la caminata, nos pusimos las botas comiendo. ¡No recuerdo una comida tan rica como aquella!

Mientras matábamos el hambre y, después, ya acostados en nuestra nueva casa, les comentamos a los demás, con todo lujo de detalles, lo que habíamos vivido. Quisiera que vierais las caras de envidia que ponían algunos. Aunque se tranquilizaron pensando en que también ellos podrían ver lo mismo al día siguiente.

Al amanecer, unos cerdos salvajes nos despertaron hozando entre los restos de comida que habíamos dejado en la arena, al pie de nuestro árbol. Eran seis o siete, peludos y enormes, con unos colmillos como navajas. Además daban unos chillidos que, aunque nos habíamos tapado los oídos con las manos, resultaban insoportables.

Allí estuvieron casi media hora, hasta que, finalmente, decidieron marcharse. Todos respiramos aliviados.

-¡Uf! ¡Menos mal! -suspiró Beatriz, expresando lo que los demás estábamos pensando-. Creí que no se marchaban nunca.

-Bueno, chicos -ordenó Elena-, tenemos que recoger nuestras cosas y ponernos en marcha.

-Sí, pero espera por lo menos a que nos lavemos un poco y nos peinemos -contestó Andrea, que siempre sabía encontrar un momento para su higiene personal.

-De acuerdo, pero sólo cinco minutos -concedió Elena-, que nos espera un largo camino.